

Dios le ha llamado al empíreo para premiar sus virtudes, ya que no pueden recompensarse bien en la tierra.

Murió, dejando á la gran República Constitucional de Mexico, ceñida con una corona de laureles inmortales.

¡Gloria al vencedor! Dejó el pueblo, y los ángeles le ponen en aquella frente que pertenece al olimpo, otra corona inmarcesible por su valor, servicios y patriotismo; porque Dios premia á los libres y condena á los tiranos.

En el mes de la Independencia del Anáhuac, el signo de Septiembre se desprendió del Zodíaco para llevar á la corte de los justos al querido de México, al escogido de Dios.

Debe estar acompañado en la inmortalidad de los Ocampo, Degollado y Valle y abrazando estrechamente á los primeros independientes y libertadores Hidalgo, Bolívar, Morelos y Guerrero.

El águila del Anáhuac ha recogido con tristeza sus soberanas alas sobre el hijo de la victoria, haciendo ondear hasta la ocupada Orizaba, los fúnebres crespones de su pabellón.

Plegue también la suyas el águila de los franceses que existen allí para combatir nuestra libertad y gobierno. El águila victoriosa de la gran Francia no puede atacar voluntariamente á los demócratas de México; está violentada y obedece á un tirano. Debe entristecerla la muerte de un hijo de Marte, amante de su patria y sus instituciones constitucionales.

¡Águila francesa que habéis combatido por la regeneración del pueblo! ya no combatiréis más al General de los libres é independientes que respetásteis el 5 de Mayo en Puebla.

A las fuerzas de Chiapas en el Ejército de Oriente, cupo la satisfacción, aunque dolorosa, de dar la guardia de honor al ilustre cadáver el 8 y 9, marchando á sepultarlo el 10 á la ciudad de México.

Al bello sexo de la gran capital suplicamos una flor para la loza que cubra la tumba inmortal del héroe mexicano.

La Nación del Anáhuac no olvidará la pérdida de su hijo predilecto: el Continente americano sabrá sentirlo, y la Europa que lo comenzaba á admirar, le hará justicia en el sepulcro, contra los enemigos de su patria.

Un solo sentimiento cubre el Oriente americano. Nuestra pérdida es incalculable; está depositada en el cielo y Dios la tiene libre de pasiones ingratas.

La mano del hombre no le alcanza en el Olimpo.

Sí, descanza y goza en la bienaventuranza del Omnipotente, héroe inmortal. Vela desde allí por la libertad de tu Patria, la defensa del Gobierno constitucional y la conservación y progreso de las instituciones que se ha dado la Nación.

Implora al Sér Supremo por el pronto triunfo de la justicia mexicana sobre los injustos agresores que nos ha mandado el liberticida de la Francia.

San Cristóbal las Casas, Septiembre 17 de 1862.—*M. Arellano.*”

Funerales del Gral. Zaragoza.

“¿Qué palabra, qué acento, qué lenguaje, pudieran expresar el dolor con que todos los corazones se han comprimido, se han enlazado para llorar con el más tierno sentimiento la fatalidad terrible que arrebató á la patria su caudillo, su esperanza y su fé?”

¿Qué estatua, por más gigantesca, qué monumento por más colosal, qué inscripción por más sublime, fueran bastantes para consagrar tanta gloria?

Hay dolores que no pueden tener expresión, que se exhalan del alma como un suspiro supremo, que se arrancan del corazón con un ¡ay! apenas articulado, como un gemido en que se esprime entero, profundo, ensangrentado y sin fuerza el sentimiento.

Hay glorias que deslumbran, que arrebatan, que ciegan; glorias que el mundo todo reconoce admirado y conmovido; glorias que no se pueden describir, porque la admiración y el orgullo, el entusiasmo y la grandeza hacen insuficiente la palabra.

¡Zaragoza! Nosotros hemos visto encenderse el fuego de tu eterna pira, con el corazón quebrantado por el pesar, con el alma anegada de lágrimas derramadas por el hermano, por el caudillo, por el libertador, por el héroe.

¡Tan pronto doblegarse agostada por un aliento de muerte la flor de la esperanza tan hermosa! ¡Tan pronto apagarse esa estrella de tanta gloria! ¡Tú has sido arrebatado de la tierra para reunirte á esa corona de mártires que brilla sobre el pueblo mexicano, rayo de luz más brillante á través de las sombras del sepulcro, tu nombre es nuestro orgullo, nuestra fé, nuestra vida!

¡Zaragoza! tu gloria, la gloria de tus hijos, de tus hermanos, la gloria de tu patria es la gloria de la humanidad entera, alta y excelsa fama ante la que los siglos venideros doblarán la cabeza con respeto, y las generaciones nuevas se sentirán conmovidas alzando himnos de triunfo y altares consagrados.

Tu nombre es el solo epitafio digno de escribirse sobre esa tumba, ara de la patria, urna del llanto, fanal de perpetuos resplandores, relicario de amor infinito, tesoro de virtud, fuente de vida.

Tu nombre, sí, tu nombre tan amado, tan hermoso, tan puro; tu nombre, recuerdo inextinguible de victorias, canto que nuestros hijos aprenderán con entusiasmo, palabra eternamente bendecida, tu nombre que no puede pronunciarse sin ternura, que no puede escucharse sin orgullo.

Toda pompa, todo honor, todo brillo es pequeño, delante de tu sombra venerada; solo el amor del mundo desbordado y ardiente, fuera digno homenaje á tanta gloria.

Ninguna lágrima, por más tierna, será bastante para llenar esa copa de lágrimas; ningún acento, por más arrebatado, pudiera cantar tu fama. ¿Qué hay grande para tí, si eres tan grande?

Oaxaca está cubierta de luto, su hijo, su prenda, su General han muerto!

Un silencio sombrío, doloroso, pesa sobre todas las almas; durante tres días el cañón ha tronado como voz de dolor, como solemne gemido.

El pabellón de Iguala, esa bandera que las manos del héroe sostuvieron con un valor digno de sus ilustres padres; esa bandera enaltecida, reivindicada y tan llena de luz entre sus manos, cayó como un lienzo mortuorio, plegado por el dolor para cubrir con su sombra el nombre de su caudillo.

¡Cuántas veces en medio del combate, en ese tumulto sangriento y tembloroso, al ruido de la tremenda artillería, entre el polvo y el humo, Zaragoza con el alma encendida saludó el estandarte de la Patria, ese estandarte que hoy llora también, contemplando en sus franjas luminosas la aurora de la gloria y el porvenir de la libertad.

Ayer las calles de la ciudad estaban cubiertas con colgaduras de luto, los cuerpos de la guarnición formaban valla desde el Palacio del Estado hasta el cementerio: allí, en ese suntuoso palacio de la muerte, donde todo respira eternidad, la comisión del ayuntamiento había levantado un túmulo magnífico: monumento sombrío de donde la gloria se evapora hasta los cielos.

A las cuatro de la tarde salió de palacio la comitiva, el gobierno presidió, todos los funcionarios, los empleados de alta categoría y muchos ciudadanos amigos del General acompañaban el duelo: el coronel Ballesteros como jefe, el estado mayor, cuatro piezas de batalla abriendo la marcha; la escuela central y la escolta formaban una procesión solemne, un cortejo respetable.

Los honores se hicieron conforme á ordenanza; como al primer Jefe del Ejército mexicano muerto en campaña.

Al llegar al espacioso cementerio y delante del suntuoso aparato que se había levantado en uno de sus ángulos, el C. Bernardino Carbajal pronunció una arenga fúnebre, recordando con su palabra llena de sentimiento y el corazón conmovido, las hazañas del héroe, su destino y su gloria.

Ese discurso formado precipitadamente agitó los corazones y movió de dolor.

Las últimas descargas terminaron la ceremonia, y su eco prolongado, lúgubre, triste, resonó como el último adiós, al siempre amado, al invicto, al glorioso, al grande, al eternamente sentido General Zaragoza."

(*La Victoria de Oaxaca. Núm. 20. Septiembre 25 de 1862.*)

Junto á aquella encina secular que el hacha de la muerte había derribado con certero golpe; junto á aquel lago de lágrimas que en su eterno vaivén lamía con sus

olas las riberas del futuro destino, un arbusto se levantaba presagiando tocar con su ramaje la bóveda celeste, augurio infalible de que el mundo tendría que levantar muy alta la mirada para poder medir con ella la gigantesca proporción del roble á cuya sombra la patria descansara de sus fatigas, para levantarse después gallarda y majestuosa á cautivar al mundo con sus galas, y á ser del mundo rica, preciada y envidiable joya.

Mientras llega la hora funesta en que el ramaje se doble sobre el tronco, y la escarcha del tiempo apague el verdor de aquellas hojas, recojamos el fruto de tanta exuberancia, no como egoístas, sí como patriotas que quieren legar á la posteridad un ejemplo digno de imitarse en toda la acepción de la palabra.

El General Díaz, hijo del pueblo cuyas necesidades y aspiraciones conoce por haber compartido con él dolores y sufrimientos, esperanzas y glorias, ha podido dominar las tormentas y apagar los incendios: diez y seis años de paz que han permitido á México desarrollar sus elementos de riqueza, justifican esta verdad en nuestra Historia.

No es posible desconocer el prestigio que nuestra patria alcanzó con la defensa heroica de su territorio, á que me refiero en esta primera época de la guerra de intervención; sería indigno de un mexicano patriota y de un liberal sincero amenguar tanta gloria y ofuscar tanto brillo; pero en la segunda época á que ya nos estamos acercando, hay que admirar más que el valor y la constancia, la fé en momentos tan críticos para seguir al pié de una bandera que muchos juzgaron enterrada entre las frías arenas del desierto.

Cuando algunos espíritus elevados se rendían á la evidencia de los hechos y se doblegaban, con mengua de su honra y de su antiguo prestigio, ante un gobierno es-

purio, los leales levantaban guerrillas y con ellas, un verdadero puñado de valientes, se lanzaban desesperados á demandarle al destino el triunfo ó la muerte, única disyuntiva digna de aquellos cerebros iluminados por la luz de la fé.

Como en su oportunidad veremos, nuestra patria naufragó en los mares del infortunio, y cuando algunos tripulantes de la nave de su destino se ponían el salva-vidas que de la playa cercana, el imperio, se les arrojaba, para que salvaran la distancia más corta y por entonces más halagadora; otros, en dirección opuesta é ignorando hasta dónde estaría la tierra firme, luchaban con las olas perdiendo muchas veces á un golpe de la mar embravecida, la ventaja alcanzada á costa de titánicos esfuerzos y de sublimes y admirables empujes.

Aquella actitud era solemne.

Figúrome á la Patria angustiada contemplando en la ribera de su ignorado destino á los náufragos que luchaban brazo á brazo con la tormenta; sonriente y placentera cuando veía que se acercaban al puerto de salvación aquellos hijos queridos que tanto la adoraban; llorosa y afligida cuando el oleaje turbulento los envolvía y al parecer los sepultaba para siempre en el abismo insondable.

Terribles contrastes aquellos en que tan pronto se veía á los héroes abordar la ribera, asidos de la honra nacional cual si fuera tabla de salvación, como se les veía perdidos y anonadados á los bruscos embates del destino.

Pero nada ni nadie lograba apagar la fé en aquella situación tan grandiosa.

La adversidad era un aliciente para aquellos espíritus elevados.

La lucha era una necesidad en aquellas almas templadas en los talleres del infortunio.

El sufrimiento abate á los cobardes; pero también sirve de alas á los hombres de genio para elevarse sobre el fango de las miserias humanas.

*“El ave canta aunque la rama cruja
“¡Como que sabe lo que son sus alas!”*

Hubo un momento de felicidad suprema en que nuestros valientes tripulantes pudieron juntar sus elementos y construir una barca en los astilleros del patriotismo.

Con la sonrisa del desdén se recibió en el palacio de los que se soñaron poderosos, la noticia de que se había botado á los mares del destino aquella embarcación que traía en su camarote de honor la bandera del derecho, y era tripulada por el Cuerpo de Ejército de Oriente.

Apareció en el horizonte un punto tan insignificante que el vigía del puerto no creyó oportuno llamar la atención de los usurpadores.

Poco á poco iba tomando forma la pequeña embarcación.

Hubo un momento en que atrajo la mirada de los que fueron fríos espectadores.

El vigía anunció que un hombre de atlética figura y de gigantesca proporción era el timonel de la barca.

Los corazones palpitaron; los semblantes palidecieron.

El sol de la libertad iluminó de frente al tripulante de aquella embarcación.

Un estremecimiento de terror conmovió á los perjuros y á los infames.

Como si hubieran sido estaciones telegráficas puestas en rápida comunicación por la corriente, todos los labios repitieron un nombre: PORFIRIO DIAZ.

Porfirio Díaz, joven entonces, fué el General en Jefe del Cuerpo de Ejército de Oriente, que sucedió á González Ortega, á quien vamos á conocer en los capítulos IV y V de esta primera época.

Porfirio Díaz fué el audaz General que después de su evasión en Puebla, se lanzó de nuevo á la lucha á la cabeza de un puñado de valientes, armados sólo con su entusiasmo y con su inagotable patriotismo.

Pero aquel nombre era por sí solo una garantía de triunfo y una amenaza terrible para los invasores: era el nombre de un apóstol de la Libertad, á quien sin titubear seguían todos los que lo habían admirado en Puebla, sereno y valiente derrotando al enemigo; generoso y magnánimo perdonando la vida á sus prisioneros de guerra.

Aquella figura colosal de nuestra historia había de sostener una guerra no menos colosal, á fin de que el efecto correspondiera á la causa.

Pronto encontraremos á nuestro héroe siendo el núcleo de nobles ambiciones y de elevadísimos sentimientos, inspirados en el ejemplo de un jefe á quien no puede nadie reprocharle un solo acto de su vida militar.

Porfirio Díaz en los puntos que defendió como subalterno, jamás perdió un solo palmo de terreno; en los que atacó como jefe, siempre fué vencedor, siempre recompensó á sus soldados las fatigas de un asalto ó los sufrimientos de un combate, con el laurel de la victoria.

Su presencia en los alrededores de una ciudad ocupada por el enemigo fué siempre motivo de la más justa alarma: el adversario pronunciaba su nombre con una mezcla de temor y de confianza.

Temor, porque esperaba ser vencido en la lucha; confianza, porque era de pública notoriedad la magnanimidad del vencedor.

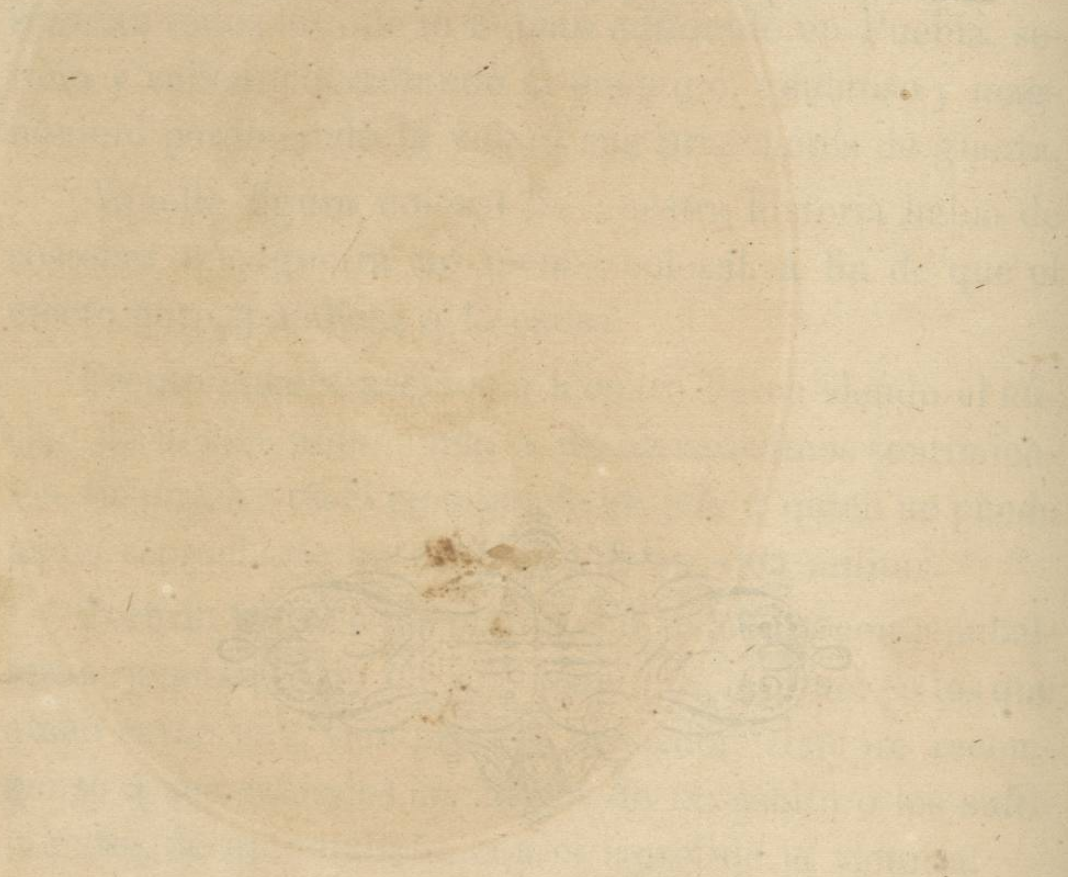
La Historia antigua ha transmitido hasta nosotros al través de los siglos, nombres de héroes legendarios que inmortalizaron una época y dieron brillo á su siglo; nombres que se pronuncian con respeto porque son, por decirlo así, el resumen de gloriosos hechos, la historia misma de inmortales fechas.

Ligados íntimamente los hombres y los acontecimientos, han formado un todo que la humanidad sintetiza en brevísimas palabras, especie de poemas populares en que se cantan las glorias encarnadas en inmortales recuerdos.

Annibal ad portas: Porfirio Díaz al frente.



La historia antigua de la América ha sido hasta hoy un
trabajo de los siglos, y de los siglos ha sido el objeto de
la curiosidad de los hombres de letras y de los hombres de
guerra. Pero en el presente siglo se ha dado un paso
más, y se ha comenzado a escribir la historia de la América
con un espíritu de imparcialidad y de justicia que no se
había visto antes. Los escritores de hoy no se contentan
con contar las glorias de sus héroes, sino que se esfuerzan
por descubrir sus defectos y sus debilidades. Este es el
verdadero espíritu de la historia moderna.



GENERAL
JESUS GONZALEZ ORTEGA.
1861-1863.